

Factores de incidencia en el padecimiento de depresión en la población mexicana

ALVIN LÓPEZ RETANA¹

¹Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales México

Cómo citar este artículo (estilo APA) / Citing this article (APA style):

López, A. D. (2021). Factores de incidencia en el padecimiento de depresión en la población mexicana. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología*, 13(1), 61-74.

Resumen

El objetivo de este texto fue analizar la incidencia que tiene una serie de factores (sexo, edad, estrato socioeconómico, ansiedad y condición laboral) sobre el incremento en las probabilidades de la población mexicana de experimentar depresión. Para ello, se realizó una regresión logística con información obtenida de la Encuesta Nacional de Hogares 2017. Se encontró que todos estos factores son significativos para explicar el aumento en las probabilidades de padecer depresión; sin embargo, la presencia de ansiedad y el ser mujer son los de mayor incidencia en el incremento. Además, se identificó que trabajar disminuye las probabilidades de sufrir el padecimiento. La explicación interpretativa de estos resultados se basó en la teoría de las representaciones sociales; se llegó a la conclusión de que los niveles de depresión en la población mexicana son preocupantes y que la combinación de los factores agrava la problemática. El aporte de esta investigación es la información proporcionada acerca de la influencia de cada uno de los factores analizados, la cual puede dar pauta a estudios más profundos sobre el fenómeno de la depresión como un problema de salud pública en el país.

Dirigir toda correspondencia a: La Paz 164, Col. Calyequita, Alcaldía Xochimilco, Ciudad de México. C. P. 16750

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5421-4464>

alvin.lopez@estudiante-flacso.mx

RMIP 2020, Vol. 12, Núm. 1, pp. 61-74.

www.revistamexicanadeinvestigacionenpsicologia.com

Derechos reservados ©RMIP

Palabras clave: depresión, población mexicana, regresión logística, representaciones sociales, estados afectivos

Incidence factors in the suffering of depression in the Mexican population

Abstract

The objective of this text was to analyze the incidence that a series of factors (sex, age, socioeconomic status, anxiety, and work condition) have on the increase in the probabilities that the Mexican population has of experiencing depression. A logistic regression was carried out with information obtained from the 2017 National Household Survey. It was found that all these factors are significant to explain the increase in the probabilities of suffering from depression, but the presence of anxiety and being a woman are those that have greater incidence in the increase. Additionally, working out was found to lower your chances of experiencing the condition. The interpretative explanation of this results was made from the theory of social representations, reaching the conclusion that the levels of depression in the Mexican population are worrying, and that the combination of factors aggravates the problem. The contribution of this research is the information provided with respect to the influence of each of the factors analyzed, which can guide more in-depth studies on the phenomenon of depression as a public health problem in the country.

Keywords: depression, Mexican population, logistic regression, social representations, affective states

INTRODUCCIÓN

La depresión es un padecimiento que afecta con severidad la calidad de vida de millones de personas en todo el mundo, y altera su desempeño en los distintos ámbitos sociales, ya sea laboral, familiar, escolar y, por supuesto, psicológico (Moral y Sirvent, 2011). Uno de los mayores problemas asociados a esta condición en México es que no existe por completo una cultura de prevención y tratamiento, pues suelen subestimarse sus efectos a largo plazo, ya que prevalece una percepción en general de que la depresión es un estado de ánimo pasajero, y no una enfermedad que debe ser tratada profesionalmente como cualquier otra (Cardona-Arias et al., 2015). Sin duda, la intensidad de la afección varía en cada persona, así como la frecuencia con que los episodios depresivos se presentan; no obstante, cuando las afecciones llegan a ser tales que afectan el desempeño de las actividades cotidianas, es posible hablar de que se trata de un trastorno y debe ser atendido con la responsabilidad que requiere, pues la latencia y el aumento en la intensidad puede conducir a escenarios drásticos como el suicidio.

Los factores que producen la depresión son variados, y en realidad es una combinación de elementos psicológicos y ambientales,¹ de cuya interacción resultan percepciones de sí mismo, del mundo y del futuro, que suelen ser negativas o pesimistas² y que permanecen de manera relativamente constante en las actitudes de las personas, pero, como ya mencionamos, pueden variar en su intensidad en función de la experimentación de ciertos estímulos, que, al interactuar con la trayectoria psíquica³ del individuo, pueden degenerar en un trastorno (Beck et al., 2010).

En otras palabras, aunque el padecimiento de la depresión es una experiencia subjetiva, el entorno social, incluyendo elementos relacionados con la cultura y las representaciones sociales sobre ciertos aspectos y prácticas emanadas de ella, puede tener injerencia sobre la dinámica afectiva de las personas, de tal manera que la información que reciben como resultado de las interac-

ciones con la sociedad, y la posterior interpretación que hacen de ella, puede contribuir al desarrollo e incremento de depresión u otros trastornos (Beck et al., 2010).

La depresión es un problema tan grave que a nivel mundial ocasiona, junto con el estrés, más muertes que el sida y el cáncer juntos (Riveros, Hernández y Rivera, 2007; Castillo, Chacón y Díaz-Véliz, 2016). Los factores vinculados al ritmo de vida dentro de un sistema meritocrático y altamente competitivo como el actual, así como la forma en que son representados en términos sociales dentro del contexto económico y cultural de un país como México, pueden estar ligados al incremento en la frecuencia de depresión. El objetivo de este trabajo es indagar sobre esa asociación para aportar información sobre las posibilidades que tienen las personas de incrementar la frecuencia de sufrir episodios depresivos en función de su pertenencia a los distintos subgrupos que fueron elegidos para el análisis, y que toman en cuenta el sexo, la edad, la condición laboral, el nivel socioeconómico y la frecuencia con que se padece el nerviosismo.

Como veremos en los apartados correspondientes, cada uno de los factores elegidos para el análisis como variables explicativas ha sido reportado en la literatura especializada como significativo y relevante en el padecimiento de la depresión y otros desórdenes afectivos, sin que esto signifique que sean los únicos, sino que son los más citados en los trabajos sobre el tema. De ese modo, lo que pretendemos es verificar si, en el caso de la muestra de la población mexicana que respondió la Encuesta Nacional de Hogares 2017, la combinación de esos factores incrementa las probabilidades de que la frecuencia de los episodios depresivos aumente, pues, si bien se sabe que esos factores son significativos, no existen muchos trabajos que los aborden en conjunto para determinar las probabilidades de incidencia en la población mexicana.

La importancia de abordar esta problemática radica en que, en virtud de lo ya descrito respecto a que el padecimiento no suele ser atendido a tiempo, el incremento en su intensidad y frecuencia puede llegar a convertirse en un problema de salud pública. Las consecuencias, de no atenderse a tiempo, podrían tener implicaciones en la calidad de vida, el desempeño laboral y, en casos extremos, en cometimiento de suicidio; por lo tanto, es fundamental continuar produciendo conocimiento para llegar a una comprensión cabal del fenómeno y, sobre todo, llamar la atención de la población sobre este tema. El hecho de que cualquier persona sea susceptible de experimentar este padecimiento lo vuelve más riesgoso aún, pero, como demostraremos en esta investigación, ciertos grupos poblacionales tienen un mayor riesgo que otros, de manera que, contar con información que apunte hacia esa variabilidad intergrupala, puede contribuir a

1 El ambiente, en el sentido con el que lo abordaremos aquí, se refiere no únicamente al entorno material y natural, sino también a las condiciones sociales y relacionales de las personas.

2 A esto se le conoce como la tríada cognitiva negativa, que fue propuesta por el psicólogo Aaron Beck (Flores et al., 2007).

3 La trayectoria psíquica será entendida en este trabajo como el conjunto de experiencias que han influido a lo largo de los años en la construcción de los estados afectivos de las personas y les han llevado a definir una cosmovisión. En ese proceso también intervienen elementos culturales, como la educación o los marcos referenciales.

diseñar estrategias de salud pública que aborden la situación con mayor eficiencia.

El texto está dividido como sigue: en un primer apartado explicamos las cuestiones teóricas sobre las causas y manifestaciones de la depresión y su relación con las condiciones de vida en un sistema competitivo como el actual. Posteriormente, explicamos la metodología de trabajo y describimos cómo se procedió para el manejo de las variables desde las bases de datos de la Encuesta Nacional de Hogares 2017 y su operacionalización para el cálculo de la regresión logística multivariable. Por último, presentamos y analizamos los resultados.

LA DEPRESIÓN COMO REPRESENTACIÓN SOCIAL

Analizar, interpretar y comprender el comportamiento de una persona dentro de una sociedad (incluyendo los posibles trastornos que puede llegar a padecer, y que inciden sobre él, como la depresión) implica tomar en consideración la interacción entre dos dimensiones: la intrapsíquica, que involucra los procesos cognoscitivos y afectivos subjetivos de los individuos, y el ambiente, entendido como los contextos y situaciones exteriores al individuo; es decir, analizar únicamente los procesos intrapsíquicos implicaría dejar de lado la influencia social que tienen sobre los individuos los aspectos culturales, las ideologías, los marcos referenciales colectivos y la interacción con otras personas, todo lo cual es relevante para la construcción de una cosmovisión.

Por otro lado, centrarse solo en el contexto y considerar al individuo como un ente pasivo que se limita a responder a estímulos significaría eliminar su capacidad de agencia como productor de sentidos y significados y, sobre todo, su capacidad de influir sobre el propio ambiente. Por lo tanto, una mejor perspectiva es tomar en cuenta la interacción entre ambas dimensiones, pues cada una influye en el individuo para que genere imágenes del mundo (Ekehammar, 1974; Engler, 2000).

Ahora bien, en cuanto productor de sentido, el individuo aprehende los objetos y situaciones del mundo exterior en forma de representaciones sociales, que son mecanismos a través de los cuales dota de un significado a todo aquello con lo que interactúa. Esas representaciones sociales involucran sistemas de codificación e interpretación adquiridos de modelos y referentes culturales como la educación, o la proyección de valores y aspiraciones personales. Tales representaciones no son reproducciones de la realidad, sino reconstrucciones mentales que pueden ser deformadas por el individuo a partir de sus propias experiencias psíquicas y su percepción general

del mundo (Jodelet, 1986).

La idea de representaciones sociales fue desarrollada por el psicólogo social Serge Moscovici, para quien, grosso modo, son una forma de comprender los acontecimientos de la vida cotidiana en función de la historia, contexto y cultura con los que los individuos interactúan, de modo que les sea posible evaluar la realidad. Según Moscovici, las representaciones sociales se construyen a partir de tres elementos: información, campo de representación y actitud. La información es recibida y filtrada por el individuo dependiendo de la situación en la que se encuentre; el campo de representación es una dimensión mental en la que ocurre una organización interna de los elementos percibidos, y que está determinada por las experiencias y marcos referenciales y valorativos del individuo. La actitud es la evaluación que se hace de la situación y que puede producir reacciones afectivas que generan un vínculo entre el individuo y el objeto, y será transportado a situaciones similares futuras (Cuevas-Cajiga, 2015).

En virtud de que las trayectorias psíquicas de los individuos son distintas, sus representaciones sociales sobre objetos o fenómenos concretos pueden variar, aunque también es posible encontrar rasgos comunes derivados de la pertenencia a una misma condición o grupo social, de tal forma que pueden hallarse patrones culturales en función de la repetición de estos entre los individuos de una población; sin embargo, a consecuencia de la heterogeneidad propia de una sociedad segmentada en estratos sociales, y de las experiencias subjetivas, aunque dos personas estén expuestas a un mismo ambiente físico-situacional, sus ambientes psicológicos pueden ser diferentes, debido a que reconstruyen la realidad de manera distinta y elaboran sus propias representaciones sociales (Ekehammar, 1974).

Cuando se traslada este modelo al abordaje analítico de la depresión, es posible comprender que ese padecimiento no es necesario ni exclusivamente el resultado o consecuencia de procesos internos de las personas, sino que tiene que ver con la relación que tienen con el ambiente físico-situacional a partir de las representaciones sociales que hacen de él; es decir, a menos que se padezca una condición neurológica específica, la depresión surge derivada de la relación ya descrita entre los procesos intrapsíquicos y la realidad exterior, cuya interacción produce representaciones sociales negativas que llevan a las personas a experimentar esa condición.

Como ya explicamos, debido a que las representaciones sociales son reconstrucciones mentales, personas diferentes reaccionan de forma distinta a estímulos situacionales iguales o similares, pues sus actitudes son diferentes. En ese sentido, lo que para algunas personas

podría representar una amenaza, para otras podría ser un desafío u oportunidad; para algunas personas, una situación es motivo suficiente para deprimirse, pero para otras lo es para fortalecerse. Asimismo, algunas padecen depresión con mayor intensidad y frecuencia que otras y, en ese orden de ideas, puede hablarse de depresión como una condición o como un estado; esto es, no es lo mismo ser deprimido que estar deprimido, puesto que en el primer caso puede tratarse de un trastorno de la personalidad, ya que su frecuencia e intensidad son tales que alteran la capacidad afectiva de modo relativamente constante, mientras que el segundo caso se trata de un estado transitorio (Flores *et al.*, 2007).

A lo anterior se debe el empleo de la precisión terminológica “episodios depresivos”, dado que es factible hablar de que una persona no está deprimida todo el tiempo, sino que, en función de la interacción ya descrita entre los procesos intrapsíquicos y el ambiente, en contextos situacionales concretos, los individuos pueden presentar esos episodios y finalmente superarlos. La diferencia entre quienes sufren depresión como una condición y no como un estado, entonces, se debe a que la frecuencia e intensidad con que se experimentan episodios depresivos es mayor en quienes pertenecen a la primera categoría. De igual modo, situaciones específicas (pérdidas, duelos, accidentes) pueden inducir a una persona sana a ser depresiva, por lo cual resulta importante para la comprensión del fenómeno analizar quiénes son más susceptibles de sufrir esa condición.

Por otra parte, y en concordancia con lo expuesto sobre las representaciones sociales, podemos traer a colación la aportación teórica del psicólogo Aaron Beck, para quien la depresión es el resultado de la manera en que los individuos procesan la información que reciben, y se centra en esquemas e interpretaciones negativas y pesimistas; es decir, de acuerdo con el modo en que se organiza la información y se establece una actitud, las personas más depresivas suelen enfocarse en los aspectos negativos de las cosas. En ese sentido, los estados cognoscitivos pueden predisponer a las personas a ser más depresivas que otras: “Cada individuo tiene un conjunto de vulnerabilidades idiosincráticas que predisponen a la persona a la angustia psicológica en una forma única. Estas vulnerabilidades parecen relacionadas con la estructura de la personalidad y el esquema cognoscitivo” (Engler, 2000). Aunque varían en intensidad y frecuencia, los síntomas de la depresión suelen ser los siguientes: estado de ánimo bajo, pérdida de interés por actividades cotidianas, sentimientos de culpa, trastornos del sueño, disminución de energía, malestares físicos y, en casos severos, ideación suicida (Riveros, Hernández y Rivera, 2007). Además de estos síntomas, se ha demostrado que existe una fuerte

correlación entre depresión y ansiedad, de tal manera que quien padece una, probablemente padecerá ambas (Riveros, Hernández y Rivera, 2007).

Como mencionamos, uno de los problemas más comunes asociados al padecimiento de la depresión es que suelen subestimarse sus efectos sobre la calidad de vida y ello impide que se atienda con las estrategias de salud mental adecuadas. Esta condición se confunde con un estado de ánimo del que se puede salir sin hacer nada, pero la cuestión no es tan sencilla, porque un estado afectivo que esté influyendo en el comportamiento orienta al psiquismo, y deforma y perturba los hechos psíquicos para acoplarlos a ese estado; es decir, los estados afectivos repercuten sobre el curso asociativo, el juicio y la voluntad, lo que implica que, cuando alguien está atravesando un episodio depresivo, la mente distorsiona las cosas para mantenerse en ese estado (De Laburo, 1942). Por esa razón, una persona puede padecer depresión durante años sin que aparentemente afecte su desempeño normal, pero, en realidad, la calidad de vida se ve mermada y la situación se sobrelleva, al atravesar ciclos en los que la intensidad puede ser demasiada y tan insostenible que se recurra a los intentos de suicidio para acabar con el malestar.

Ahora bien, como ya explicamos, las representaciones sociales no son las mismas en todas las personas a pesar de que estén expuestas a una misma condición objetiva, aunque sí es posible encontrar elementos comunes en ellas, provenientes de prácticas culturales propias de cada sociedad. En ese sentido, la pertenencia a ciertos grupos vuelve más o menos susceptibles a sus miembros, tanto como la posición que ocupan en esos grupos y en la sociedad en su conjunto (Jodelet, 1986). Existe evidencia de que las mujeres, las personas mayores de 18 años, las personas que pertenecen a clases sociales bajas, y las que realizan actividades laborales⁴ son más propensas a padecer depresión que las que no poseen esas cualidades (Cardona-Arias *et al.*, 2015; Cuevas-Cajinga, 2015; Riveros, Hernández y Rivera, 2007; Montesó-Curto y Aguilar-Marín, 2014; Cantero-Téllez y Ramírez-Pérez, 2009). Con base en ello, estas características fueron tomadas como referencia para seleccionar de las bases de datos las variables que aportan información relevante

4 La cuestión laboral puede tener injerencia sobre el padecimiento de depresión en dos sentidos: por una parte, hay literatura que aborda el fenómeno de que la monotonía, la insatisfacción en una actividad laboral o el agotamiento contribuyen al desarrollo de depresión (Trejo-Lucero, Torres-Pérez y Valdivia-Chávez, 2011; Sánchez-Narváez y Velasco-Orozco, 2017), pero, por otra, el desempleo puede afectar también el estado afectivo de una persona a consecuencia de no percibirse útil ni realizado en la sociedad (Feather y Davenport, 1981; Espino, 2014).

acerca de ellas y, así, efectuar el análisis de regresión logística multivariable.

METODOLOGÍA

La información cuantitativa para el análisis se obtuvo de la Encuesta Nacional de Hogares 2017,⁵ elaborada por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2018). La encuesta está dividida en tres subconjuntos de datos: vivienda, hogares y personas; las variables de interés para este trabajo se encuentran solo en las bases de vivienda (estrato socioeconómico) y personas (frecuencia de la depresión, frecuencia del nerviosismo,⁶ edad, sexo y si se trabajó la última semana).⁷

Con esas variables se efectuó una regresión logística y se estableció como variable dependiente el padecimiento de depresión. El empleo de este método es de bastante utilidad para los propósitos de la investigación, pues permite conocer cuántas probabilidades existen de que, en función de la presencia del elemento de análisis de cada variable, la frecuencia de los episodios depresivos aumente. Esto es relevante porque contribuirá a identificar qué subgrupos poblacionales son los más susceptibles de experimentar episodios depresivos con mayor frecuencia y, por tanto, llamar la atención al respecto para que se tomen las medidas preventivas adecuadas.

Del subconjunto de datos “vivienda” se tomó la variable “estrato socioeconómico”, que es una “clasificación de las viviendas del país de acuerdo con ciertas características socioeconómicas de las personas que las habitan, así como características físicas y el equipamiento de las mismas expresadas por medio de 24 indicadores construidos con información del XII Censo General de Población y Vivienda 2000” (INEGI, 2018, p. 29).

Esa variable contiene cuatro categorías: bajo, medio bajo, medio alto y alto. La literatura sugiere que las personas pertenecientes a estratos sociales más bajos son más propensas a presentar problemas de depresión. Para operacionalizar esta información, en Stata se creó la variable dicotómica “nivel socioeconómico”, que agrupa en

una categoría a los estratos bajo y medio bajo (1) y, en otra, a los otros dos estratos (0).

Aunque es necesario reconocer la plausibilidad de que pudiese haber diferenciación entre los estratos más bajos, como una posible consecuencia de un mayor grado de pobreza, la literatura consultada no especifica la intensidad o frecuencia del padecimiento depresivo atendiendo a una taxonomía de ese tipo, sino que describe únicamente la situación de manera genérica, por lo que consideramos pertinente elaborar la condensación descrita, dado que, si una persona es de clase baja o media baja, no es relevante para el análisis de esta variable, puesto que sigue perteneciendo a clases sociales bajas. En otras palabras, en la literatura no se presenta evidencia de que una persona de estrato social bajo registre de modo significativo niveles más altos de depresión que una de medio bajo, sino que solo se habla de una tendencia a que quienes pertenecen a una clase baja son más proclives a experimentarla que los de las clases superiores (Castillo et al., 2019; Hoover et al., 2016).

De la base de datos “personas”⁸ tomamos la mayoría de las demás variables, incluyendo la dependiente “frecuencia de la depresión”, definida en el descriptor de datos como “frecuencia con la que se siente deprimido” (INEGI, 2018, p. 44), y utilizada como referente para identificar la presencia de depresión en las personas, sin importar la intensidad con que la padezcan, pues es factible suponer que, una vez padeciendo depresión, la intensidad puede ir en aumento, por lo que consideramos más valioso tomar en cuenta el problema para ubicarlo a tiempo y evitar que se agrave.

En este punto, es necesario mencionar que por la manera en que está presentada la encuesta, las personas que contestaron las preguntas relacionadas con esta variable lo hicieron recurriendo a percepciones propias sobre su condición afectiva. No obstante, las escalas de medición de los niveles de depresión que se emplean en psicología, como el inventario de depresión de Beck, consideran una tipología del padecimiento que toma en cuenta la posibilidad de que se presente en un grado leve, moderado o grave (Flores et al., 2007). Por ello, formulamos la suposición metodológica de que es plausible que las personas que en la encuesta respondieron que se sienten de-

5 Recurrimos a esta encuesta porque, al momento de realizar esta investigación, contenía los datos públicos muestrales más recientes sobre niveles de depresión y ansiedad. Además, el hecho de que la encuesta incluya también datos sobre el estrato socioeconómico, el sexo, la condición laboral y la edad resultó conveniente para nuestros propósitos.

6 La frecuencia del nerviosismo fue tratada como un indicador de ansiedad, ya que la literatura consultada (Cardona-Arias et al., 2015; Castillo, Chacón y Díaz, 2016) indica que es común que las personas que padecen ansiedad experimenten nerviosismo como un rasgo característico.

7 Esta variable se empleó como un indicador de la condición laboral.

8 En este punto es importante recalcar el hecho de que, aunque la información de la encuesta está organizada en diferentes subconjuntos de datos, toda ella proviene de la misma población; es decir, los datos están distribuidos en las diferentes bases que componen la encuesta, pero todos ellos se obtuvieron de una única población, lo que significa que las personas que respondieron la encuesta son las mismas que aparecen en cada una de las bases, y la separación en los distintos subconjuntos obedece a necesidades logísticas determinadas por el INEGI.

primidos con cierta frecuencia tengan el padecimiento como mínimo en un grado leve; así, adoptamos esta variable de la encuesta como un indicador de la presencia del padecimiento. Esto es, dado que el propósito de este trabajo es analizar el impacto de ciertas características en las probabilidades de padecer depresión, lo relevante es saber si las personas padecen depresión, o no, más que su intensidad.

Así, esa variable tiene seis categorías: diario, semanalmente, mensualmente, algunas veces al año, nunca y no sabe. Estos datos se operacionalizaron de manera dicotómica mediante la variable “frecuencia depresión”: se agrupó en una categoría a diario, semanalmente, mensualmente y algunas veces, y en otra, a nunca. Las personas que contestaron que no sabían fueron tratadas como valores perdidos. Esto se hizo para agrupar en una sola categoría a todas las personas que podrían sufrir algún grado de depresión en función de la frecuencia con que perciben padecerla, que es lo relevante para este análisis. Como mencionamos en el apartado teórico, se sabe que es bastante común que quien padezca de ansiedad también sufre depresión; por esa razón, tomamos de la base de datos “personas” la variable “frecuencia del nerviosismo”, que el descriptor define como “frecuencia con la que se ha sentido preocupado o nervioso”, como un indicador de la existencia de ansiedad (INEGI, 20018). En este caso, realizamos una consideración semejante a la de la variable “frecuencia de la depresión”, puesto que lo relevante para este análisis es la presencia de la característica analizada, en este caso, el nerviosismo, como factor acompañante de la depresión. La variable en cuestión tiene las mismas categorías que la variable “frecuencia de la depresión”, por lo que la operacionalización se hizo de la misma manera.

Hablamos ya que la cuestión del sexo es significativa, y que son las mujeres quienes manifiestan una mayor propensión a experimentar depresión, por lo que utilizamos la variable “sexo” como una variable correlacional. Dado que la intención es analizar la incidencia del sexo mujer sobre las probabilidades de sufrir depresión, asignamos a las mujeres el valor de 1 en Stata, y a los hombres, el de 0; de este modo, observamos el comportamiento de la categoría especificada.

Para analizar la influencia de la edad, recurrimos a la variable “edad”, que incluye un rango de edades que va de los 0 a los 120 años; sin embargo, son las personas mayores de 18 años quienes tienen más probabilidades de sufrir depresión, por lo cual la variable se operacionalizó dividiendo las observaciones en dos categorías: una para los menores de 18 años (0) y otra para los mayores de esa edad (1).

Finalmente, la condición laboral se tomó de la variable “trabajó la semana pasada”, esta es la manera que la encuesta determina si la persona desempeñó, o no, una actividad económica en el periodo de referencia. La operacionalización consistió simplemente en asignar el valor de 1 para las personas que trabajaron, y de 0 para las que no.

La ecuación a partir de la cual se desarrolló el análisis estadístico queda como sigue:

$$\ln \left[\frac{p(\text{Frecuencia_depresión})}{1 - p(\text{Frecuencia_depresión})} \right] = \beta_0 + \beta_1 \text{Frecuencia_nerviosismo} + \beta_2 \text{Sexo}_1 + \beta_3 \text{Edades} + \beta_4 \text{Trabaja} + \beta_5 \text{Nivel_socioeconómico}$$

Los resultados obtenidos de la regresión logística fueron analizados interpretativamente a partir de la teoría, ya descrita, de representaciones sociales, con el propósito de ofrecer una posible explicación de cómo las representaciones que se hacen en una sociedad de elementos como el sexo, la condición socioeconómica, la edad o la situación laboral pueden incidir sobre las probabilidades de que las personas padezcan depresión en algún grado.

RESULTADOS

En la Figura 1 se muestran los resultados de la regresión logística. Observamos que el valor de la pseudo R^2 es suficientemente alto para un análisis de este tipo como para validarlo. Asimismo, advertimos que todas las variables explicativas son significativas, pues sus valores de $P > |z|$ son todos inferiores a 0.05, y ninguno de los intervalos incluye el valor 0, que son criterios para determinar la significancia de las variables.

Asimismo, los valores de la mayoría de los Odds Ratio son positivos, lo que implica una relación de incremento en torno a la variable dependiente, es decir, la influencia de las variables explicativas provoca aumentos en la variable dependiente, lo cual validaría la información teórica respecto a que las probabilidades de padecer depresión se elevan a consecuencia de la influencia de las variables explicativas. Hay que resaltar lo concerniente al trabajo, pues el hecho de que el valor de sus Odds Ratio sea menor de 1 significa que su influencia sobre la variable dependiente es negativa, esto es, las personas que trabajan se deprimen menos que las que no lo hacen. Por otra parte, notamos que la variable con un valor mayor es la frecuencia de nerviosismo, lo que corrobora los supuestos teóricos acerca de que existe una fuerte correlación entre experimentar nerviosismo y padecer depresión.

A partir de esos valores, la ecuación antes presentada queda ahora como sigue:

$$\ln \left[\frac{p(\text{Frecuencia_depresión})}{1 - p(\text{Frecuencia_depresión})} \right] = 0.036702 + 13.31409 \text{Frecuencia_nerviosismo} + 1.461939 \text{Sexo1} + 1.377491 \text{Edades} + 0.8150016 \text{Trabaja} + 1.062356 \text{ Nivel_socioeconómico}$$

Logistic regression Number of obs = 44,848
 LR chi2(5) = 12147.00
 Prob > chi2 = 0.0000
 Log likelihood = -21458.083 Pseudo R2 = 0.2206

Figura 1. Valores de Odds Ratio para la regresión logística del modelo

Frecuencia_depresión	Odds Ratio	Std. Err.	z	P> z	[95% Conf. Interval]
Frecuencia_nerviosismo	13.31409	.394003	87.48	0.000	12.56383 14.10916
Sexo1	1.461939	.0361657	15.35	0.000	1.392746 1.534569
Edades	1.377491	.0590323	7.47	0.000	1.266515 1.49819
Nivel_socioeconómico	1.062356	0.27841	2.31	0.021	1.009166 1.118349
Trabaja	.8150016	0.214935	-7.76	0.000	.7739456 .8582359
_cons	.036702	.003385	-35.83	0.000	.0306326 .043974

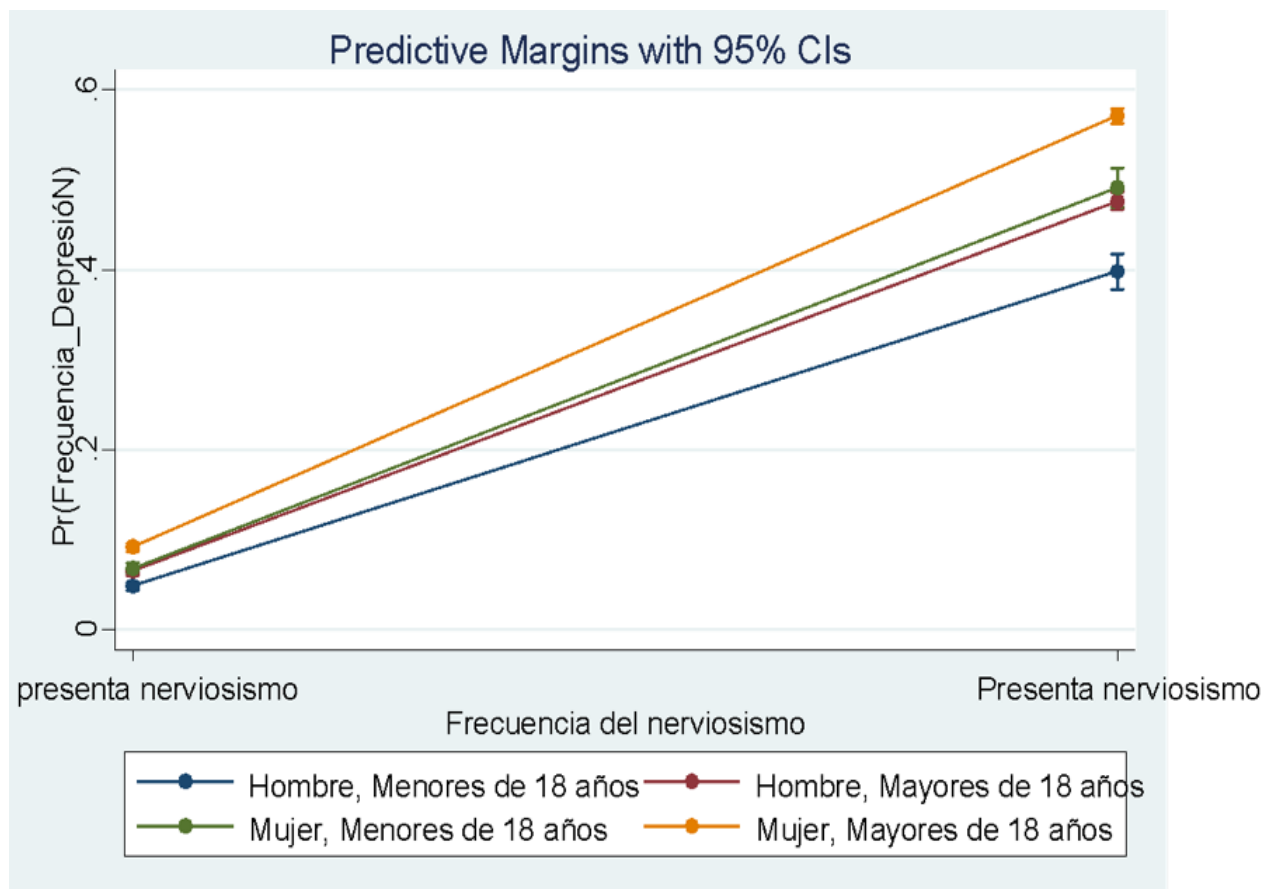
En el caso particular de la influencia del nerviosismo, el valor tan alto del Odd Ratio corrobora la información teórica respecto a que es muy probable que una persona con altos niveles de nerviosismo también enfrente depresión, en especial si se le compara con una persona que no sufre la condición de nerviosismo. Como mencionamos, aquí consideramos el nerviosismo como un indicador de la presencia de ansiedad, y, en ese orden de ideas, es necesario aclarar que esta puede ser clasificada como estado o como rasgo (Castillo, Chacón y Díaz, 2016).

La ansiedad estado se refiere a la experimentación transitoria y, hasta cierto punto, normal de una situación de alerta frente a un estímulo percibido como amenazador, mientras que la ansiedad rasgo es una condición más profunda y constante que podría considerarse como parte de la personalidad del individuo, en la que la percepción de situaciones peligrosas se tiene con mayor frecuencia e intensidad (Castillo, Chacón y Díaz, 2016). En este sentido, y dada la manera en que fue recolectada la información en la Encuesta Nacional de Hogares (las respuestas fueron obtenidas desde la percepción individual de las personas), no es posible determinar qué tipo de ansiedad prevalece entre la población mexicana, pero sí saber que padece algún grado de ansiedad y, como ello

es un síntoma que acompaña a la depresión, es pertinente llamar la atención al respecto.

Por otra parte, el valor del Odd Ratio correspondiente a la variable sexo indica que una mujer tiene cerca del 46% más probabilidades de padecer depresión que un hombre. De hecho, esa variable es bastante relevante, puesto que, como revelan las figuras siguientes, las mujeres presentan siempre las mayores probabilidades de padecer depresión cuando se involucra a las otras variables; es decir, la condición de mujer siempre hace que la pertenencia a otro grupo (edad, ocupación o nivel socioeconómico) eleve el riesgo de padecer depresión.

En cuanto a la edad, observamos que las personas mayores o iguales a 18 años tienen 37% más probabilidades de padecer depresión que las que son menores. En lo referente al nivel socioeconómico, solo hay 6% más de probabilidades de que una persona perteneciente a los estratos bajo o medio bajo padezca depresión en comparación con las de los estratos medio alto y alto. Este porcentaje es el menor dentro de aquellos que guardan una relación positiva con la variable dependiente, lo que puede interpretarse en el sentido de que la depresión puede afectar de manera similar a las personas de todos los estratos económicos, es decir, aunque una persona tenga ingresos altos, no está en mucho menor riesgo de

Figura 2. Probabilidades de padecer depresión si se tiene nerviosismo, en razón del sexo y la edad

padecer depresión que una persona de ingresos bajos. La cuestión del trabajo es muy interesante, pues es la única variable que arrojó Odd Ratio menor de 1, lo que implica que su relación con la variable dependiente es negativa. Eso significa que una persona que trabaja tiene 18% menos probabilidades de padecer depresión que una que no trabaja.

Ello podría explicarse si, por ejemplo, la persona encuestada estaba en busca de trabajo, y la presión por no conseguirlo afectara sus estados afectivos. Estudios sobre desempleo y salud mental (Feather y Davenport, 1981; Espino, 2014) han abordado la problemática relacionada con la situación en la que, si una persona que no tiene empleo pasa demasiado tiempo ocioso, el hastío por la inactividad pudiese conducir a la depresión, aunado a la percepción de no sentirse realizado o útil para la familia o la sociedad, especialmente si se trata de personas de edad avanzada. Además, la soledad, la falta de interacción con otras personas, la percepción de no sentirse útil y productivo pueden influir en el surgimiento de la

depresión.

En la Figura 2 observamos que las mujeres mayores de 18 años que padecen de nerviosismo tienen las mayores probabilidades de sufrir depresión. De hecho, podríamos decir que, si una mujer mayor de 18 años padece nerviosismo, tiene poco más de 50% de probabilidades de padecer depresión, lo cual es un porcentaje alarmante, porque implicaría que una de cada dos mujeres con esas cualidades enfrentaría esa situación. En esta figura (así como en las siguientes dos) no incluimos las otras dos variables explicativas con el propósito de mostrar una imagen más clara de la influencia de las variables que sí presentamos. Igualmente, advertimos que hay muy poca diferencia entre las mujeres menores de 18 años y los hombres mayores de esa edad, lo que puede interpretarse como que estos tienen probabilidades semejantes de padecer depresión si experimentan nerviosismo. Además, notamos que los hombres menores de 18 años tienen menores probabilidades de deprimirse incluso si padecen altos niveles de nerviosismo.

Figura 3. Probabilidades de sufrir depresión si se padece nerviosismo, en razón del sexo y la condición laboral

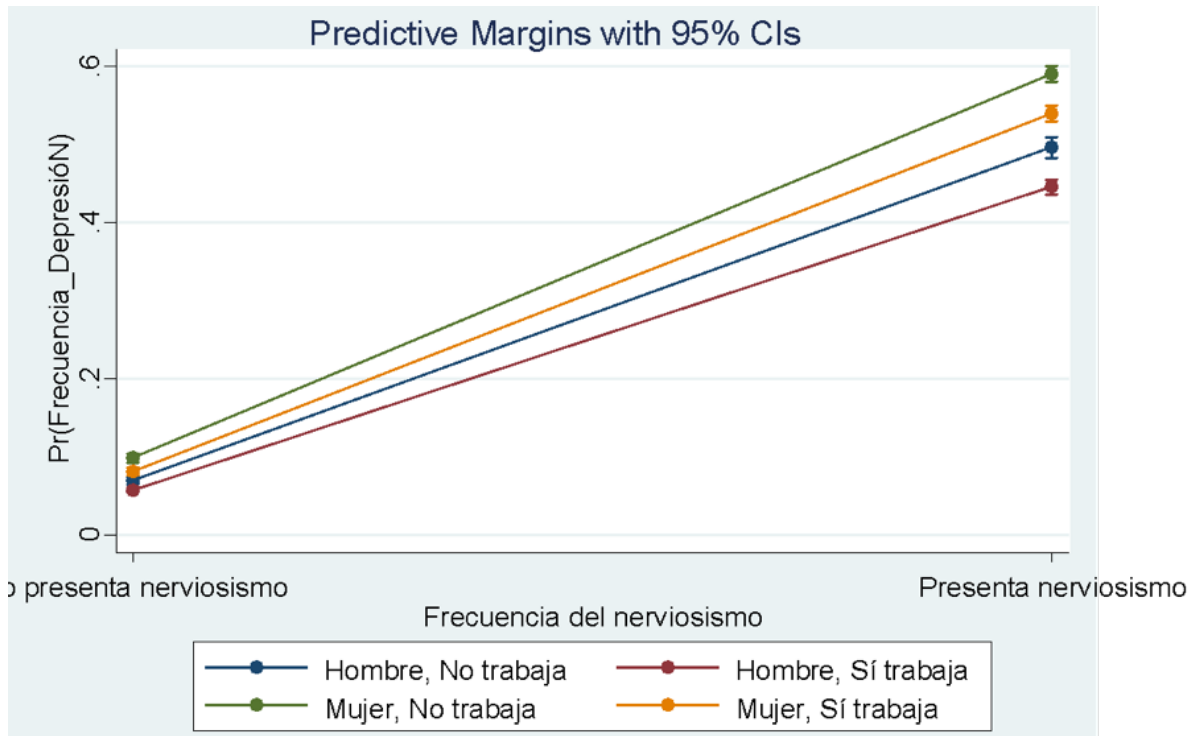
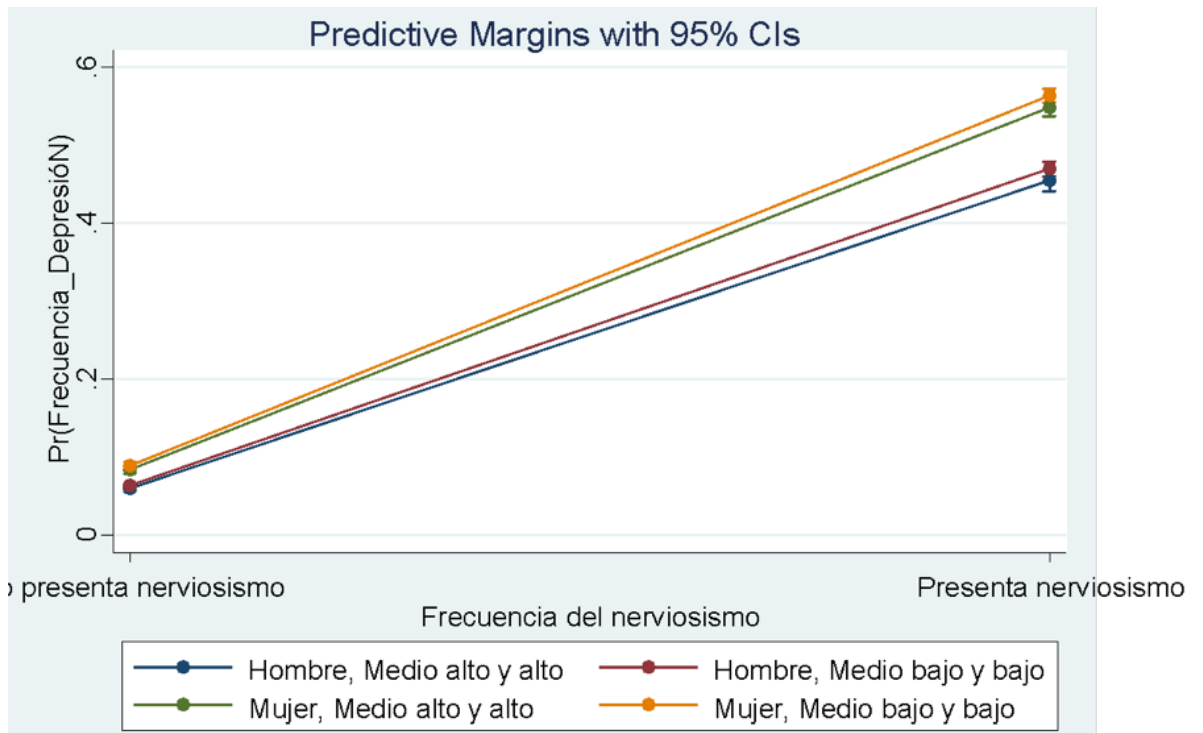


Figura 4. Probabilidades de padecer depresión si se padece nerviosismo, en razón del sexo y el nivel socioeconómico



La Figura 3 muestra que las mujeres que padecen nerviosismo y no trabajan reportan más probabilidades de padecer depresión e, incluso, son mayores que cuando se considera únicamente la edad, como en la Figura 2. En contraste, los hombres que trabajan, aun presentando nerviosismo, tienen menos probabilidades de deprimirse que las mujeres. Resulta interesante observar, en la parte inicial de la gráfica, que, aun cuando no padecen nerviosismo, las mujeres tienen más probabilidades de deprimirse que los hombres; aunque al principio la diferencia de probabilidades no parece ser mucha, conforme crece la frecuencia de nerviosismo, esa diferencia se hace más grande en contra de las mujeres, en especial, como ya señalamos, si trabajan.

En la Figura 4 advertimos una clara diferenciación según el sexo: por un lado, se tiene a las mujeres de ambas categorías socioeconómicas con las probabilidades más altas de padecer depresión y, por el otro, a los hombres. En ambos grupos observamos una mínima diferencia en razón del nivel socioeconómico, lo que puede interpretarse como que las probabilidades de padecer depresión son prácticamente las mismas sin importar el nivel socioeconómico al que pertenece la persona, cuando se toma en consideración el sexo.

ANÁLISIS DE RESULTADOS

La evidencia encontrada demuestra que todas las variables son significativas, de ahí que todas incidían en las probabilidades de sufrir depresión. Padecer nerviosismo es, sin duda, la variable que más ocurre, lo cual está en concordancia con la teoría. Incluirla en el análisis es un mejor modelo, de acuerdo con los valores de AIC (criterio de información de Akaike), que no hacerlo. A continuación, presentamos los valores de Odd Ratio que se obtienen cuando no se considera esa variable en el análisis de regresión logística. Como lo demostró la evidencia cuantitativa, si las personas que sufren depresión también padecen nerviosismo, por tanto, esa correlación podría darse como válida de antemano; entonces, resulta interesante observar cómo se comporta el resto de las variables.

Logistic regression Number of obs = 44,848
LR chi2(4) = 1244.94
Prob > chi2 = 0.0000
Log likelihood = -26909.113 Pseudo R2 = 0.0226

Figura 5. Valores de Odds Ratio cuando no se incluye el nerviosismo en el análisis

Frecuencia_ depresión	Odds Ratio	Std. Err.	z	P> z	[95% Conf. Interval]
Sexo1	1.583849	.0346497	21.02	0.000	1.517372 1.653238
Edades	2.432707	.0907922	23.82	0.000	2.26111 2.617327
Trabaja	.8843913	.0204555	-5.31	0.000	.8451944 .925406
Nivel_ socioeconómico	1.109235	.025576	4.50	0.000	1.060223 1.160513
_cons	.0574892	.0046196	-35.54	0.000	.0491119 .0672954

En esta nueva regresión logística sin la variable nerviosismo podemos comprobar varios cambios. Para empezar, el sexo ya no es la variable con mayor incidencia, sino la edad, al aumentar a 143% las probabilidades de que una persona mayor o igual a 18 años padezca depresión en comparación con una de menor edad. Ser mujer eleva a 58% las probabilidades, mientras que el nivel socioeconómico se incrementa a 10%, aunque sigue siendo la variable con relación positiva de menor incidencia. El trabajo continúa guardando una relación negativa, al disminuir 11% las probabilidades de que alguien que trabaje se deprima.

Este ejercicio fue importante para observar un posible comportamiento diferente de las variables, que solo se presentó en forma sustantiva en lo concerniente a la edad, puesto que, aunque los valores de las otras variables también aumentaron, por razones lógicas su proporción de incidencia no se modificó.

Como mencionamos, el comportamiento de las personas es el resultado de la interacción entre sus condiciones intrapsíquicas y el ambiente exterior, además de que la pertenencia a un grupo social influye sobre la manera en que se elaboran las representaciones sociales. A partir de la evidencia encontrada con el análisis estadístico, es posible sugerir que, experimentando nerviosismo, la condición de mujer es la más relevante para predecir las probabilidades de padecer depresión, y que estas se incrementan conforme aumenta la edad, no se desempeña una actividad laboral y, en menor medida, se pertenece a una clase social baja.

Por otra parte, la cuestión de la carga valorativa cultural asociada a la condición de mujer podría explicar por qué se observan posibilidades más altas de depresión respecto a los hombres; es decir, el constructo cultural histórico que se tiene en la sociedad mexicana sobre ser mujer implica atender ciertas prácticas restrictivas a la conducta que pudiesen influir en sus estados afectivos. Además, la cuestión de la doble labor como amas de casa y trabajadoras puede afectar la condición emocional, dado el agotamiento y la exigencia que ello representa.

Esa misma carga valorativa puede afectar a los hombres si se considera que estar deprimido es una debilidad que no debe mostrarse al mundo; es factible sugerir que una parte significativa de los hombres encuestados minimizó su percepción sobre sentirse deprimido para cumplir con dicha carga. En términos de representaciones sociales, la jerarquización que se hace en el campo de representación de los hombres en general, en cuanto a la depresión, puede conducirlos a actitudes y evaluaciones que menosprecian sus estados afectivos.

En lo concerniente al trabajo, cierta información que reciben los individuos para construir sus representaciones

sociales implica considerar este como parte de la realización personal; es decir, de la interacción con el medio externo, ciertas pautas culturales y normativas son tomadas como referencia para filtrar la información que será organizada en el campo de representación y, a partir de ello, construir una imagen de sí mismo, del mundo y del futuro, como lo explicamos cuando describimos la tríada cognitiva de Beck. Entonces, el hecho de no tener trabajo puede suponer una representación en la que no se consiga la realización personal y, por lo tanto, tener una percepción negativa de sí mismo y del futuro, que contribuiría a desarrollar depresión. Ello podría explicar por qué los resultados indican que tener trabajo disminuye las posibilidades de padecer depresión.

La cuestión de un mayor aumento en las probabilidades de padecer depresión conforme se tiene más edad, en términos de representaciones sociales puede atribuirse a un desgaste emocional sufrido a lo largo de los años, como resultado de la acumulación de experiencias negativas, de una disminución del rendimiento, del desplazamiento social y de posibles distorsiones cognitivas relacionadas con el rol social; esto, en una sociedad competitiva y meritocrática como la mexicana, puede implicar una menor participación en las dinámicas sociales conforme una persona es mayor.

Por otro lado, aunque el nivel socioeconómico es la variable que incide en menor medida en las posibilidades de padecer depresión, no deja de ser importante, pues, como ya señalamos, los niveles de depresión pueden aumentar hasta volverse un trastorno que afecte severamente la calidad de vida, entendida, según Ardila (2003), como “un estado de satisfacción general, derivado de la realización de las potencialidades de la persona” (p. 163). En este sentido, hay más probabilidades de sufrir depresión si se pertenece a estratos sociales bajos, lo cual podría explicarse cuando se habla de la representación social que asocia el éxito con el ingreso y ello, a su vez, con la realización en los términos materiales y simbólicos que acompañan al hecho de ser parte de un estrato social alto (Ceirano, 2000), sin mencionar las desventajas en cuanto al acceso a mejores oportunidades que implica ser pobre. Entonces, la reconstrucción que se hace en el campo de representación conlleva tener una actitud negativa hacia la pobreza, pues en este proceso se asocia al fracaso y las carencias y, por lo tanto, contribuye al desarrollo de la depresión.

CONCLUSIONES

A partir del análisis realizado, pudimos observar el nivel de incidencia que tienen las variables explicativas tomadas de la literatura sobre las probabilidades de padecer

depresión en el caso de la población mexicana. Corroboramos que el factor más relevante es el padecimiento de nerviosismo, que es un indicador común de la ansiedad, pues los valores más altos de los Odd Ratio correspondieron a esta variable. Esto, en realidad, era de esperarse, dado que en la literatura consultada (Riveros, Hernández y Rivera, 2007; Flores *et al.*, 2007) destaca la correlación entre ambos padecimientos, de manera que, si una persona sufre ansiedad, es altamente probable que también se encuentre deprimida.

En cuanto a las demás variables, la condición de mujer demostró ser la segunda más relevante: en todas las comparaciones, de acuerdo con la edad, el nivel socioeconómico o la condición laboral, las mujeres presentaron mayores probabilidades de padecer depresión que los hombres. Si relacionamos lo anterior con la evidencia encontrada en las personas mayores de 18 años, que no trabajan y pertenecen a estratos socioeconómicos bajos, es posible sugerir la hipótesis de que las mujeres de edad avanzada que no están ocupadas son las de mayor riesgo de padecer altos niveles de depresión, lo que está en concordancia con lo reportado en la literatura al respecto (Matud *et al.*, 2003, Montesó-Curto y Aguilar-Marín, 2014).

Sin embargo, es necesario profundizar en estos resultados para evitar sugerir que los hombres no son susceptibles de padecer igualmente altos niveles de depresión, lo que, de hecho, podría constatarse si revisamos las tasas de suicidio, que revelan que los hombres lo cometen con mayor frecuencia que las mujeres (INEGI, 2020), y aunque no podría atribuirse por completo esta acción a los estados depresivos, sí es posible argumentar sobre una correlación preocupante. La cuestión es, como ya señalamos, que la influencia de cargas valorativas provenientes de la cultura dificulta a los hombres reconocer que tienen un problema afectivo y, por tanto, atenderse. De cualquier forma, el análisis elaborado nos permitió notar que, en general, la población mexicana padece niveles alarmantes de depresión y, a pesar de que la información aportada por la encuesta proviene de percepciones subjetivas, estas no deben menospreciarse, puesto que, aunque esas percepciones pudiesen estar relacionadas con etapas iniciales del padecimiento, este podría agudizarse y convertirse en un trastorno, en especial en un contexto de pandemia como el que se vive en la actualidad.

En ese sentido, cobra aún más relevancia la influencia de las variables analizadas; como describimos, la falta de empleo y los ingresos bajos contribuyen a incrementar las probabilidades de deprimirse, y el contexto actual ha provocado la pérdida de empleos, dificultad para hallar uno nuevo y, por consiguiente, una disminución en los

ingresos. Si a eso añadimos la cuestión etaria, se tiene un caldo de cultivo preocupante, dado que las personas mayores se encuentran en mayor riesgo, y este ámbito provoca que vivan aislados.

Es pertinente mencionar que, en un entorno global de pandemia como el que se vive en la actualidad, el factor de aislamiento social puede contribuir a que las variables analizadas aquí incrementen su intensidad, ya que la reducción de la interacción con otras personas, la pérdida de empleos y la inactividad propician que el nerviosismo o la ansiedad aumenten y, como se demostró, es un elemento fuertemente asociado a la depresión.

En ese orden de ideas, la interacción con el contexto de aislamiento puede llevar a producir representaciones sociales y cogniciones distorsionadas que favorezcan que las personas desarrollen la tríada cognitiva y sus niveles de depresión aumenten; es decir, dada la evidencia, es posible afirmar que la población mexicana tiene probabilidades significativas de padecer niveles relativamente altos de depresión (superiores al 40%, de acuerdo con el análisis realizado), pero, si a eso se añade el contexto actual de aislamiento social, es factible pensar que esos niveles pueden incrementarse.

Es importante mejorar las políticas públicas de salud mental para que la población comprenda que es una cuestión tan relevante como los demás cuidados sanitarios, y que su atención temprana pueda ayudar a evitar que, al igual que otra enfermedad crónica, tenga consecuencias fatales. Si bien este padecimiento puede afectar a cualquier persona, aquí se ha demostrado que las mujeres son el grupo en mayor riesgo; por ello, es fundamental tomar las medidas necesarias para concientizar al respecto, pues conforme mayor información se tenga, más fácil será prevenir.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ardila, R. (2003). Calidad de vida: una definición integradora. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 35, 161-164.
- Beck, A., Rush, J., Shaw, B. y Emery, G. (2010). *Terapia cognitiva de la depresión*. Desclée de Brower.
- Cantero-Téllez, E. y Ramírez-Pérez, J. (2009). Factores psicosociales y depresión laboral: una revisión. *Revista Médica del Instituto Mexicano del Seguro Social*, 6, 627-636.
- Cardona-Arias, J., Pérez-Restrepo, D., Rivera-Ocampo, S., Gómez-Martínez, J. y Reyes, A. (2015). Prevalencia de ansiedad en estudiantes universitarios. *Revista Diversitas. Perspectivas en Psicología*, 1, 79-89.

- Castillo, M., Carrillo, C., Campo, T. y Barrera, M. (2019). Sintomatología de ansiedad y depresión en población en contextos de pobreza en el sureste mexicano. *Revista Interamericana de Psicología*, 53, 263-280.
- Ceirano, V. (2000). Las representaciones sociales de la pobreza. *Cinta de Moebius*, 9. <https://www.redalyc.org/pdf/101/10100909.pdf>
- Cuevas-Cajiga, Y. (2015). La institución superior privada en México. Representaciones sociales de estudiantes: privilegio y prestigio. *Universia*, 16, 46-66.
- De Laburo, J. (1942). *Psicología médica*. Mosca Hermanos.
- Ekehammar, B. (1974). Interactionism in personality from a historical perspective. *Psychological Bulletin*, 12, 1026-1048.
- Engler, B. (2000). *Introducción a las teorías de la personalidad*. McGraw-Hill.
- Espino Granado, A. (2014). Crisis económica, políticas, desempleo y salud (mental). *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 34, 385-404.
- Feather, N. y Davenport, P. (1981). Desempleo y sentimiento depresivo: un análisis motivacional y atributivo. *Journal of Personality and Social Psychology*, 41, 422-436.
- Flores Ocampo, R., Jiménez Escobar, S., Pérez Hernández, S., Ramírez Serrano, P. y Vega Valero, C. (2007). Depresión y ansiedad en estudiantes universitarios. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 2. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rep/article/view/19112>
- Hoover, R., Ruiz-Gaviria, E., Gómez-Restrepo y Rondón, M. (2016). Pobreza y trastornos mentales en la población colombiana. Estudio Nacional de Salud Mental 2015. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 45, 31-38.
- INEGI (2020). Estadísticas a propósito del día mundial para la prevención del suicidio. Datos nacionales. Comunicado de prensa número 422/20. www.inegi.org.mx
- INEGI (2018). Encuesta Nacional de Hogares 2017. www.inegi.org.mx
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (ed.). *Psicología social II. Pensamiento y vida social* (469-493). Paidós.
- Matud, M., Díaz, F., Aguilera, L. y Rodríguez, M. (2003). Diferencias de género en ansiedad y depresión en una muestra de estudiantes universitarios. *Psicopatología Clínica, Legal y Forense*, 3, 5-15.
- Montesinos López, A. (2011). *Estudio del AIC y BIC en la selección de modelos de vida con datos censurados*. Tesina. Centro de Investigación en Matemáticas, AC.
- Montesó-Curto, P. y Aguilar-Marín, C. (2014). Depresión según la edad y el género: análisis en una comunidad. *Atención Primaria*, 3, 167-172.
- Moral, M. y Sirvent, C. (2011). Desórdenes afectivos, crisis de identidad e ideación suicida en adolescentes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 11, 33-56.
- Riveros, M., Hernández, H. y Rivera, J. (2007). Niveles de depresión y ansiedad en estudiantes universitarios de Lima Metropolitana. *Revista IIPSI*. Facultad de Psicología, UNMSM, 1, 91-102.
- Sánchez-Narváez, F. y Velasco-Orozco, J. (2017). Comorbilidad entre síndrome de burnout, depresión y ansiedad en una muestra de profesores de educación básica del Estado de México. *Papeles de Población*, 33, 261-278.
- Trejo-Lucero, Torres-Pérez, J. y Valdivia-Chávez, M. (2011). Asociación entre síndrome de burnout y depresión en personal de enfermería que labora en un hospital de alta especialidad del Estado de México. *Investigación Materno Infantil*, 3, 44-47.

Recibido: 21 de noviembre de 2020

Revisión final: 27 de agosto de 2021

Aceptado: 15 de noviembre de 2021

